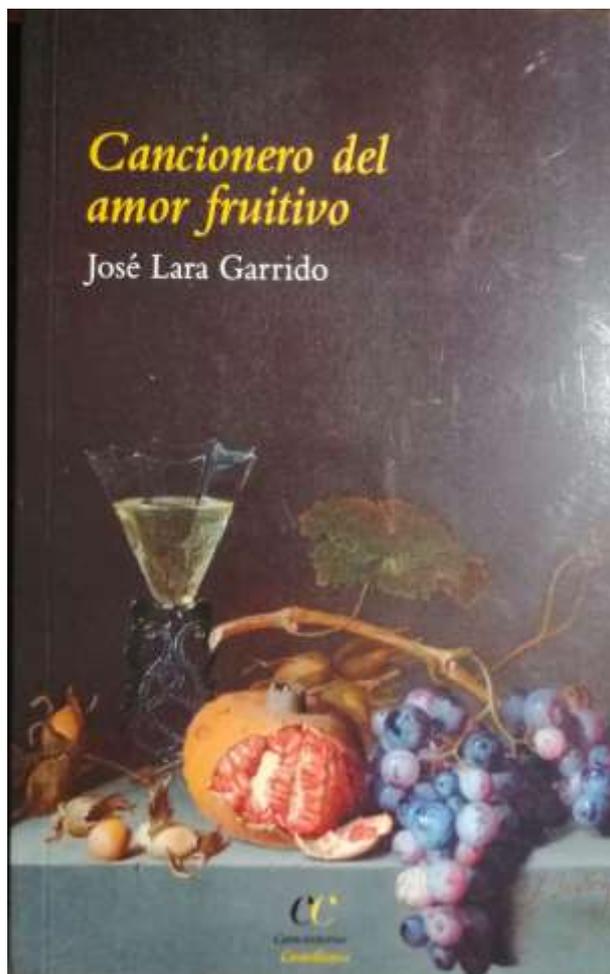


Cancionero del amor fruitivo.
La poesía humanista solidaria de un poeta caballero

Albert Torés García

No quisiera entrar en el gusto de los usos y costumbres, lo usual o inhabitual para iniciar trayectoria poética, el contexto histórico o no para publicar. Sin embargo, como lector interesado de poesía, sí resulta pertinente destacar aquellos poemarios (no son tantos) que brillen con luz propia. *Cancionero del amor fruitivo*, de José Lara Garrido se publica en una magnífica edición de Pedro J. Plaza González en la colección “Una promesa de morir amando” de Cancioneros Castellanos bajo la dirección de Ralph Di Franco y José Julián Labrador, 2018. Solo a modo de curiosidad habría que resaltar inicialmente la trayectoria profesional de José Lara Garrido, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Málaga, reconocido investigador, prestigioso filólogo autor de libros incontestables, académico de número del Instituto Lombardo de Milán. También, habría que subrayar su obra poética que ha ido edificando sin publicarla, acaso por un *pudoris causa* que el propio autor considera hoy por hoy irrelevante. Por tanto, no nos engañemos y no tomemos como fecha iniciática esta primera publicación. En todo caso, debemos considerarla como presentación oficial del poeta que, finalmente, se decide a completar el ciclo.



En la primera parte, “Rimas proemiales o el renacer de Orfeo”, compuesta de 6 sonetos, se va desgranando las líneas maestras de este magistral cancionero. A todas luces, el protagonismo del amor que la amada convierte en fruitivo. Los ritmos poéticos, la armonía del verso, la musicalidad y precisión del léxico, en definitiva, una aproximación poética genuina sobre una base arquitectural tan singular como sugerente.

La aventura de la lectura y la concreción escritural, el verbo y la música, de ahí la esencia suprema del canto, como cicatrizante de un peregrino

perdido que halla la luz plena cuando no una sinfonía iluminadora que oscurecen el lamento, la negrura, el tormento, la pena, la herida y la amargura en ese poder cautivador de la amada. Unos sonetos donde el endecasílabo enfatiza el poder de la música y las referencias a Orfeo le sirven al poeta para fabricar el pedestal de la amada.

La segunda parte, “Los prodigios del destino”, 5 poemas extensos, optando por el alejandrino en combinaciones de cuartetos, así como el endecasílabo en combinaciones séptimas donde el pretérito incardina la armonía, la plenitud, la medida universal, el anhelo, el fulgor, la esperanza cierta y la esperanza verbal que se logra por la presencia casi angelical de la musa o diosa. Paralelamente o quizá habría que decir por mor de ello, el azar y el destino, imprevisibles pueden causar el goce o el sufrimiento. Me viene a la memoria una metáfora cinematográfica que bien representaría las encrucijadas del destino están a mi parecer en la película de Woody Allen, “Match Point”. José Lara lo expresa con una belleza sin parangón: “...y entre el ayer y el hoy descubrimos/hasta qué punto dependió el destino/de ese seguro azar, del hilo tenue/que surcó el laberinto de los años”.

La tercera parte “Fruición de la hermosura. Primeros retratos de la amada”, sextina, nueve sonetos también los ecos de Fernando de Herrera y Dámaso Alonso estructuran con una elegante aliteración (la referencia temporal categórica “cuando” reforzada por un “naciste” que halla predicamento en las cercanías léxicas de la “encarnación” y la “encarnadura”, en una línea sugerente y repetitiva en torno a lo lindo), la admiración hacia la amada, una “diosa del Amor con ojos de miel, inmortal en la hermosura, incluso con una fijación en los pies, las sandalias de la amada que serán un marco mágico, la proclamación del deseo, el trenzar de ramilletes de azucenas, acumulación de fuerzas ciñendo el paraíso, todo ello en un magistral juego de sentidos, arquitectura sinestésica donde las cruces, los enredos, los quismos y las nuevas asociaciones nos hacen desentrañar a la par emociones de tersa piel y conjugaciones poemáticas tan originales como sorprendentes. Se equivocaría el lector si sus claves se circunscribieran a un retorno del cancionero petrarquista o antipetrarquista, si acaso, una singular asimilación de la poesía petrarquista que nos devuelve en una sensual aplicación práctica neopetrarquista, una actualización singularizada. La poesía de José Lara supera la mecánica perfecta de la métrica o el acierto de la precisión léxica, es una poesía de glóbulos rojos, con filtros románticos y una redefinición del amor, del deseo y del poema. Con absoluta belleza y precisión nos los señala en el poema “Epifanía de uno de los primeros encuentros con la amada”: “Yo, un estoico que vence al desengaño/ y apuesta siempre por primar la vida/ soñando que renace la esperanza/sin importar qué marca el calendario/...paraíso cerrado para el vulgo,/... abiertos mi jardín, mi biblioteca,/mi pasión por Oriente, Grecia y Roma/mi cuidado de naranjos, limoneros,/olivos y granados, junto al patio/que habitará el lenguaje o el silencio”.

Por tanto, no debe extrañar que el rito iniciático se abra con un *Cancionero del amor fruitivo*. A nadie escapa que en la lírica trovadoresca provenzal se encuentran las raíces de toda la lírica culta europea posterior. De ella derivarán las cantigas de amor galaicoportuguesas, la escuela italiana del *dolce stil nuovo*, e incluso la lírica de Petrarca. Es decir, la poesía cancioneril es savia esencial en el árbol de la poesía. Muchas las escuelas que confluyen, muchas las resonancias filosóficas y musicales, de ahí el predominio del soneto, también la sextina, aunque con aires renovadores. José Lara pertenece a esa estirpe de poetas caballerosos que se inicia presentando sus respetos a la tradición.

“Confesiones y plegarias. Perfiles primeros del amor fruitivo”, conforman la cuarta parte, se inicia con un extenso poema de 18 séptimas endecasílabas cerrando con otro poema de distribución similar, 9 estrofas de siete versos. Realmente, esta parte se distingue por esa distribución que recorre las otras tres composiciones. Los encuentros, las epístolas, las promesas, los temores, todo ello entre surcos del azar, los horizontes, la vida, en definitiva. Pero es una parte primordial en la estructura del cancionero, pues vislumbramos sus ejes vertebradores, sea éste la libertad a menudo en paralelo con el peregrinar, la paradoja inteligente que va de la intuición a la razón “como diosa amada pero libre”. Una poesía con aire clásico que se muestra firme en su concepción interdisciplinar y que atiende al mundo de la filosofía, al estoicismo, al desengaño, a la esperanza.

Soledad Pérez- Abadín Barro en un magnífico artículo “Voz o silencios: *Cancionero del amor fruitivo*, como muchos otros críticos y lectores coinciden en señalar el “grado de perfección que alcanza su primer poemario, paradigma de un virtuosismo técnico y verbal, propio de quien, como él, a lo largo de su vida ha desempeñado su oficio a través de las palabras. Sonoridad y ritmo, imágenes sorprendentes, aunque extraídas de un repertorio tradicional, asociaciones inusitadas pero siempre armónicas prueban el esmero puesto en los signos y en sus virtualidades sugestivas, descifradas a través de una intuición que deja conducir por la musicalidad de los versos.

Y cierto, esta excepcional estructura formal y sonora trasciendo lo meramente formal, porque como poeta de primera magnitud, José Lara sabe que la poesía es emoción, técnica y pasión.

“Admiración de maravillas. Los retratos de Orfeo” componen la quinta parte. 14 composiciones, donde la mirada es la condición para sentir el universo, esparcir llamas, sombrear matices, ensimismarse o ser certeza, en definitiva, una combinación de sextinas de sonetos donde los ojos del amor orquestan esta magistral fase, o por ser exacto como lo expresa el poeta en poema que abre esta arte “Sextina a la mirada de la amada” y en “Amor desde los ojos de la amada”: *Anclado el universo en tu mirada...relumbres de lo eterno/en tu mirar que nutre mi existencia.*

Con gran acierto, Francisco Morales Lomas en su reseña “La poesía fruitiva”, Cuadernos del Sur, 06/10/2018, Córdoba, nos lo señala: “Una *pupila fue el abismo*, su pupila que avanza con la luz y la música simbólica de un nuevo Orfeo que ante los ojos de la amada *órbitas solares* haya la metáfora definitoria junto a la dulzura de su irradiación. Toda la tradición de la poesía clásica española a través de intertextos e hipertextos está definitivamente conducida por una mano convincente, pero, sobre todo, por un corazón poderoso. Porque ambos (técnica literaria y vida) están tan imbricados que es difícil desunirlos. Los labios de la amada abren albos, y «levanta a pasión de los luceros» y se une a la música en un «*concierto en divinales/tramas de articulada contextura*». En cualquier caso, el segmento clásico de poesía como *docere/delectare* que ejemplifica alguna parte del eje constructivo, se observa especialmente cuando juega sobre las palabras, con anáforas absolutas como “Quién pudiera ser...”, “Yo me rindo a...”, “amor, sí...”, en un anhelo de testimoniar equilibrio, por ser exacto, registrar “explosión de armonías” con sustancias de mosaico de momentos que expresó Rilke, por cierto, una referencia esencial en la poesía de José Lara.

A todas luces la musicalidad poética y la poesía musical es un diálogo que establece el poeta José Lara entre las artes pero también entre los tiempos, como una suerte de mediador histórico que tira de la poesía bajo la égida de Orfeo. El poema III “Despedida de la amada al atardecer o a la noche” correspondiente a esta octava parte titulada “Breve manual del diario acontecer y excelencias de la amada” retoma la figura no ya de la música sino de la música encarnada en la amada, que a modo de soneto representa las esencias del espíritu griego, del mito que ahonda en la música que serena y que transforma, la palabra que persuade, la poesía indisolublemente ligada a la música que expresa la historia de las cosas, del amor fruitivo si se quiere incluso en una bajada en los infiernos o en la propia muerte, donde la inmensidad del canto persiste: “*Han pasado las horas con el sueño/de plenitud sencilla que en tus manos/me ha apartado del tiempo y sus arcanos/que acechan y que espantan, y el beleño/nutrido por la miel que en fiel empeño/desbordadas por tus ojos más que humanos,/ha calmado el abismo y los cercanos/reclamos del delirio, del despeño/con que el morir ahogaba mi esperanza./Han pasado las horas y te dejo/como Orfeo a Eurídice, perdido/en el mar de mi canto; cuanto alcanza/a imaginar tu vuelta es el reflejo/de esa luz milagrosa que me ha ungido.*” Por tanto, sin la música el mito es nada y por ello también, los poetas retoman en buena parte del siglo XX el principio según el cual, la antigüedad nos pertenece a todos, en tanto en cuanto la estética busca un primer plano que permita encantar el mundo por el sonido. Podría decirse que sin la música el poeta sería una suerte de inventor acústico. No es casual por tanto que la melopea de Orfeo, sinónimo de magia y poder siga vigente. Tal vez porque esa categoría de poetas que traspasan fronteras, universales, en definitiva, atraviesan a la vez el tiempo y el espacio. La presencia de Orfeo es una constante no sólo en la poesía española sino en la literatura occidental, Apollinaire, Cocteau, Rilke, Guillermo Carnero, Antonio Colinas, etc. Bien es

cierto que, en la mayoría de las reescrituras del mito, el rasgo más recurrente es el canto de Orfeo no de su felicidad pero de su desgracia absoluta, probablemente porque la belleza del amor de Orfeo por Euridice, la magia de la lira se estiran sobremanera con el horror, violencia, muerte, infiernos, una tensión de cualquier modo generadora de sentidos. José Lara traza una línea de elegancia, sencillez, sentimentalidades, eternidades, alborozos, rituales y excelencias de la amada, que además conforman los títulos de estos nueve sonetos. Orfeo, Euridice con la complicidad de Afrodita, con pasiones rescatadas desde el Averno y Musa que alimentan verbos en la esperanza, con trazas de Fortuna, salvaciones de Fénix, los perfiles de Venus, en definitiva, la admiración del poeta por las esferas greco-latinas. Podría decirse que toda revelación, especialmente la poética, es siempre ambigua, tal como lo señalaba Ortega y Gasset, pero aquí, muy al contrario, son aplicaciones claras, expresivamente atractivas, en definitiva, son razones de amor que encontrarán un pacto con la belleza en las partes que le siguen, “Homenajes a la amada como musa y lectora”, “Remembranza de los estados del amante y del encuentro con la amada”, “Breve manual del diario acontecer y excelencias de la amada”, “Proclamación del cuerpo de la amada y fruición sensitiva de los amantes” y “Cadena de amor y rimas de recapitulación”.

La poesía no es un molde previamente estructura donde se incluyen palabras, sílabas, rimas sino un complejo emocional, sustantivo, filosófico que encuentra su diseño lexical y música de manera natural, revelándose en una portentosa sextina y en el soneto. José Lara no tiene vocación de arqueología poética sino de arquitectura poética Nos lo expresa con toda nitidez y belleza en el soneto III de “Homenajes a la amada como musa y lectora”. *Tu habla desarbola mi entereza, /rompe los goznes de mi entabladura, /arrasa mis jardines cultivados, /y todo se derrumba y todo empieza/con cimientos de nueva arquitectura/y pensiles de nardo enamorado.*”

Con el vértigo del amor que aun expresando llanto o desaliento casi a modo de letanía con repeticiones y estructuras que yuxtaponen la musicalidad y el sufrimiento. Un poema, sencillamente magistral, extenso de 24 séptimas “Amor: tu voz”, donde declaraciones, peregrinaciones, pronunciamientos, aromas, sonidos, sentidos, sentimientos, certifican el poder del amor.

Si la aventura por excelencia del viaje mítico es la bajada al infierno, el transgredir el más allá, el ir hacia un mundo sobrenatural lleno de portentos, coyunturas simbólicas e interrogantes que reforzarían siempre el hilo de Ariadna para el ser humana, nuestro poeta registra certificaciones sin voluntad de eternidad para que la amada pueda fascinar a la vida y entusiasmarla, “*para que nunca sueñe en soledades/ la rigidez helada del silencio*”, nos escribe precisamente en el poema anteriormente referido, “Amor: tu voz”. Ciertamente el sentimiento inminente de la muerte, especialmente profundo en el cuadro del mito, aparece en nuestra lírica como necesidad para la creación poética que

aquí halla muros sólidos que cantan amor, libertad, esperanza y vida. Como botón de muestra el poema VIII que cierra el libro:

*Seré la reciedumbre y la ternura,
Seré de acero, amor y terciopelo,
Sostendré con tus huesos todo anhelo
Y mi piel soñará con la tersura
De inagotable suavidad y albura
Que cobije a la tuya, el dulce velo
En que tu cuerpo con ferviente celo
Encuentre la feraz ensambladura
Ungida de calor, plena de exactos
Basamentos, columnas, arquivadas
Con volcánico afán de permanencia
En presente de sueños, risas, tactos,
Lejos de los enigmas, en enclaves
Donde existir por plenos de presencia.*

Un movimiento escritural ascendente, pues no en vano, deliberadamente se usa un futurible categórico que evoca más consistencia al presente. Paralelamente, musicalidad es parte de poesía, y en esta labor de búsqueda formal y hallazgo sorprendente consideramos que ese mundo de ritmo y rima es condición de la existencia poética, nos conduce al corazón mismo de la poesía, de sus interrogaciones estéticas y de sus propias propuestas, especialmente la sextina, que se revelará como eje constructor de la obra de José Lara.

En ese ejercicio de facultades creativas y formales, la luz y la conciencia reparadora, los mundos interiores y su esperanzadora proyección, hasta la realidad cotidiana alcanzan naturaleza de pacto con la belleza. Por otro lado, si la lira de Apolo confiada a Orfeo se sustenta en la literatura latina como la capacidad de dar movimiento a la naturaleza y de emocionar a los dioses mismos, en *Cancionero del amor fruitivo*, la musicalidad, el canto, el ritmo son los principios organizadores del mundo, eco y reflejo de un amor presente, ideal, absoluto. El propio poema, sabiamente trazado y armónicamente meditado encarna el contrapunto al sufrimiento. La atención a la tradición, insistimos como fuente de inspiración es un factor que hemos de considerar, pero no el único, pues la labor del poeta es articular aquí un cancionero que se nutre por igual de los orígenes poéticos como de los surtidos vitales. El resultado final, singular, original, transgresor con una propuesta teórica que se desarrolla en la concepción práctica misma de la escritura sella un lazo del que carece a menudo nuestro panorama literario, la unión de poeta y poesía. “*Te quiero, sí, pero te quiero libre*”.

Un poemario rompedor precisamente por su impecable técnica reforzada de entusiasmo, esperanza, amor, libertad. Una poesía caballerosa,

desprendiendo sabiduría por entre sus versos. Una poesía universal que hace del lenguaje meditado una lección absoluta de emoción. Una poesía con aspiraciones que se muestran desde la propia portada al reproducir el óleo “Bodegón con frutas” de Jacob van Walscapelle de 1675. Pintor cuyas obras eran confundidas con las de su maestro Cornelis Kick. En este sentido, se pronuncia José Ángel Baños Saldaña, publica un artículo “El amor como goce del vivir. A propósito de *Cancionero del amor fruitivo*, de José Lara Garrido, publicado en la revista italiana *Artífara*, pp.XV-XVII: “Este amor se presenta como fruitivo debido al placer del que disfrutan los enamorados. El diseño de la colección, a cargo de Jesús C. Cassinello, establece una correlación fónica entre fruitivo y fruto a través de dos elementos paratextuales que dan cuenta de esta concepción amorosa: la portada, en la que se incluye el Bodegón con frutas, de Jacob van Walscapelle; y la página inicial, adornada con el Bodegón con flores, de Ambrosius Bosschaert el Viejo. Ambas piezas artísticas se recontextualizan, pues, frente a la pintura de una naturaleza muerta, el amor en este libro mantiene la vida.”

No hay engaño sino una íntegra voluntad de mostrar la tradición como una inagotable fuente de inspiración. Una poesía que hemos de reivindicar frente a un sistema banalizado a extremos insospechables.

Seamos honestos, no estamos ante un poeta novel o primerizo, más bien al contrario, su entrega devota a la poesía desde siempre le ha permitido sopesar el peso histórico de las palabras para conformar una poesía emocionalmente efectiva, formalmente impecable, persistente y sin fracturas. Se inicia y se completa el ciclo con esta primera publicación en *Cancionero del amor fruitivo*, pero le siguen *Para que la nieve se goce*, publicado igualmente en Clásicos Castellanos, y estos dos primeros volúmenes conforman una primera Tetralogía del Eros. Asimismo, se acaba de publicar *Materia Materna*, en la prestigiosa colección malagueña Puerta del Mar, N.137, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2018, que se constituye como el primer volumen de una segunda Tetralogía de la Memoria.

José Lara, es contemporáneo de su tiempo y también de la tradición, porque visualiza el árbol de la literatura como un todo donde cada elemento tiene una función esencial. Su reivindicación de la elegancia formal, del conocimiento clásico y del anhelo universal, como uno de los escasos poetas con capacidad para ello, nos lleva a la superficie del todo poético, no solo en la escritura o concepción sino en la conciencia y en los actos de vida, porque persiste la esperanza, el anhelo de reencontrar un canto puro del mito original, sin aspavientos ni elitismos, sin tinieblas ni fijaciones, únicamente con la legitimidad de la palabra y los parámetros para reconocer la poesía como tal.